

Editorial / Editorial

La confluencia del auge del capitalismo tardío, de la universidad neoliberal, de la precariedad del trabajo intelectual, del debilitamiento del movimiento laboral, del retroceso de la izquierda latinoamericana y el avance de los populismos de ultraderecha han estimulado la idea de que las transformaciones provocadas en diferentes planos por la Revolución Rusa—que afectaron la vida de millones de seres humanos—, hoy forman parte del pasado, quedando en consecuencia anacrónico su legado. El surgimiento de dichos fenómenos ha contribuido a distorsiones y hasta falsificaciones no sólo de la propia Revolución Rusa sino de su influencia global. Comúnmente la experiencia revolucionaria ha sido tachada con argumentos tales como: “el poder fue tomado por unos pocos”; “el partido bolchevique sustituyó a la clase”, “se aplicó un terror rojo sobre quienes dieron sustento al proceso revolucionario” o “el bolchevismo forma parte del pasado”, entre otros.

La consecuencia inmediata de la disputa ideológica alimentada por los temores de las élites ha sido el intento de ocultar las enormes conquistas de la Revolución de 1917 en términos de cuestiones sociales, culturales, político-económicas y militares. Al mismo tiempo se ha desencadenado una ofensiva centrada en la corrosión gradual de las contribuciones de Lenin, Trotsky y Gramsci a la historia, sin mencionar el silenciamiento del legado de las campesinas combatientes, de las militantes como Krupskaya, Stassova, Kollantai y de otras mujeres comprometidas como Rosa Luxemburgo.

Eric Hobsbawm, en su libro *Historia del siglo XX* (1998), resaltó la magnitud y la profundidad del movimiento que sacudió al mundo. En comparación con la Revolución Francesa, afirma que, mientras que esta última se mantuvo ampliamente en el campo de las ideas del Occidente, hasta en la actualidad, la Revolución Rusa

ha tenido consecuencias prácticas mucho mayores y más duraderas que ella.

Su lúcida apreciación puede ser percibida en las luchas sociales que se extienden por el continente latinoamericano-caribeño en los últimos 100 años y perduran hasta los días actuales. Iniciadas con la Revolución Mexicana que llevó por lema “Tierra y Libertad”, ganan fuerza con la victoria de la Revolución Rusa las movilizaciones promovidas por los partidos comunistas y socialistas; las manifestaciones anarquistas de la clases obrera de Brasil (1917); los movimientos estudiantiles que llevaron adelante la Reforma Universitaria en Córdoba en Argentina (1918) y que dieron lugar a la creación de las universidades populares en el Perú (1920); la rebelión militar socialista del coronel Marmaduke Grove (1932) y la organización del Frente Popular (1936-1941) y de la Unidad Popular (1970-1973) en Chile; las revoluciones antiimperialistas en Bolivia (1952), Cuba (1959), Nicaragua (1979-1990) y Granada (1983); las insurrecciones armadas en Nicaragua, El Salvador, Colombia, Venezuela, Uruguay, Argentina y Brasil; los movimientos campesinos, indígenas, negros y feministas de variadas tendencias y matices.

El presente número de Tensiones Mundiales está dedicado a la reflexión crítica del legado de la revolución rusa en América Latina y el Caribe en múltiples aspectos y por medio de diferentes perspectivas teóricas, puesto que ni la difusión de ideas constituye un proceso lineal ni los movimientos sociales suelen ser monolíticos sino constantes mutaciones en el enfrentamiento cotidiano con los poderes imperialistas y sus aliados neocoloniales. Los artículos presentados reflejan los enfoques conceptuales y metodológicos de sus autores. Cada texto fue seleccionado con cuidado por Camila Costa, Débora D’Antonio y Robert Austin, un equipo de coeditores, que actuó diligentemente en todas las fases de elaboración de la revista.

En la apertura, compartimos la opinión de uno de los primeros miembros del Consejo Consultivo, Boaventura de Souza Santos, sobre el imposible consenso en cuanto al éxito o al fracaso de la Revolución de Octubre. Su mérito es exponer los problemas que las sociedades capitalistas viven todavía hoy en día, y mostrar a

los trabajadores de todo el mundo, que el capitalismo no es una fatalidad. Coherente con su concepción innovadora de las epistemologías del Sur, Boaventura sugiere que sólo una alternativa clara, como la propuesta por la experiencia de la Revolución rusa, posibilitará romper con las permanencias coloniales, capitalistas y patriarcales.

Omar Acha reflexiona sobre el impacto del concepto de “revolución” en la historia latinoamericana y su entrecruzamiento con las novedades que aparejó la Revolución rusa en la región. Entiende que ésta no fue una fuerza histórica ajena a los movimientos revolucionarios de América Latina, aunque, justamente por ser muchos de ellos preexistentes, deben ser interpretados, a la vez, de manera autónoma. El armado de una genealogía revolucionaria permite al autor articular procesos históricos diversos como las rebeliones indígenas de finales del siglo XVII, las contingencias de las revoluciones anticoloniales del siglo XIX, las ideologías anarquistas y socialistas que ingresaron con los inmigrantes europeos a principios del siglo XX, la revolución mexicana de 1910, los movimientos indigenistas de los años veinte, el populismo de los treinta, los nacionalismos radicales de los cuarenta y las revoluciones cubana y nicaragüense de la segunda mitad del siglo XX.

En esta saga, la Revolución rusa encuentra su lugar cuando cada uno de los países latinoamericanos, con sus propias tradiciones ideológicas y sus relaciones de fuerzas sociales y políticas, se interroga sobre el carácter específico que asumen, en el ámbito regional, los procesos revolucionarios. El historiador evalúa la eficacia simbólica de la Revolución rusa en lo que refiere tanto a los procedimientos con los que las izquierdas interpretaron las distintas experiencias emancipatorias en el continente como en cuanto a la preocupación que expresaron las élites militares en los años sesenta y setenta al querer erradicar brutalmente toda forma de comunismo.

El historiador Dan La Botz discute el tema desde otra perspectiva. En su artículo argumenta que la influencia del Comintern en América Latina disminuyó el potencial para una revolución socialista democrática y subordinó la lucha obrero-campesina a la política exterior soviética. Este autor considera que la estrategia de

“coexistencia pacífica” de los partidos comunistas latinoamericanos, en la fase de posguerra, fue similar a la de la socialdemocracia. En el período de 1930 a 1990, y en el marco de los éxitos iniciales de la Revolución Rusa y de la posterior victoria soviética en la Segunda Guerra Mundial, amplios sectores de la izquierda latinoamericana exaltaron a la URSS y a su partido comunista. Un proceso que se intensificó con el triunfo de la Revolución Cubana y la subsiguiente intervención de la Unión Soviética en la isla.

Sin embargo, el autor observa que los partidos comunistas generalmente omitieron las cuestiones del estalinismo, el Estado de partido único, y cómo la burocracia subordinó a la clase obrera en el bloque soviético, en China y en Cuba. Sostiene que estudios recientes no alteran sustancialmente el balance negativo para la comprensión del papel de la Internacional Comunista en América Latina. Y concluye que la trayectoria inicial de la Revolución rusa y del partido comunista persiste inspirando a los revolucionarios que han aprendido, por experiencia propia, que el internacionalismo socialista se construye mediante prácticas democráticas.

Para la socióloga Lia Pinheiro Barbosa, los efectos de la revolución soviética en América Latina y el Caribe deben ser investigados a partir de las especificidades de la formación económica, sociocultural y política que nos identifica como naciones y como una región particular. En ese sentido, cabe verificar las raíces de la subalternización de nuestros pueblos: la colonización, la esclavitud y el latifundio. Desde el punto de vista de la investigadora del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), la experiencia revolucionaria rusa motivó estrategias de resistencia, a nivel internacional, con profundos ecos en las luchas sociales latinoamericanas y caribeñas. Su trabajo destaca en particular la insurgencia armada del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) del 1 de enero de 1994, y los elementos que estructuran la identidad chiapaneca: la matriz cultural propia de la cosmovisión maya; la organicidad heredada de la tradición de lucha política indígena-campesina; el vínculo con la tierra.

En la secuencia de trabajos, Marcio Lauria Monteiro analiza la influencia del trotskismo a través del Partido Obrero Revolucionario (POR), en el proceso que condujo a la Revolución boliviana de

1952. Elaborado a partir de una investigación documental profunda, el artículo revela las disputas y crisis en el seno del movimiento revolucionario y las consecuentes divisiones internas, y cuestiona la capacidad del POR de organizar al proletariado boliviano para conducirlo a la revolución socialista. Además, pone en cuestión el interés de las alas mayoritarias de la Cuarta Internacional en impulsar acciones revolucionarias en su país y en el continente. Para este historiador, estudiar la actuación de los trotskistas en la Revolución Boliviana posibilita repensar las narrativas consagradas sobre el movimiento trotskista internacional y su crisis en la posguerra.

Túlio César Dias Lopes contrapone los argumentos de que Marx y Engels no formularon una concepción sistematizada acerca del “partido”. Recuerda que ya en el Manifiesto Comunista se pueden encontrar las bases teóricas para la fundación de un partido capaz no sólo de organizar a los trabajadores para el enfrentamiento contra el capital, sino de desarrollar la conciencia socialista. El joven académico explora las ideas de Lenin y Gramsci sobre el partido de nuevo tipo y el papel colectivo desempeñado por el “príncipe moderno”, además de sistematizar las contribuciones de Mariátegui en torno a la organización política de la clase trabajadora peruana y latinoamericana. Los tres intelectuales comunistas en su perspectiva comparten el entendimiento de que la formación de partidos es indispensable para el desarrollo de la revolución socialista, pues, a través de este tipo de organización, la clase trabajadora se mantendría unida, tornando posible la conducción del proceso revolucionario.

Por su parte, el trabajo de la investigadora del Grupo de Estudios e Investigaciones sobre Estado y Lucha de Clases en América Latina (Práxis), la científica social Jórisa Danilla Aguiar, trata las afinidades entre el movimiento bolchevique y la praxis de José Carlos Mariátegui. En la revista *Amauta*, Mariátegui expone sus propuestas de educación de las “masas” a la que consideraba como una herramienta clave del combate político-ideológico que culminaría con la victoria del proletariado. Así en gran parte de la obra de este autor se resalta la tarea educadora del partido en las poblaciones indígenas con el fin de ayudarlas a comprender su

papel histórico en la transformación social. Observa Jórissa que el marxista peruano combinaba el análisis dialéctico de las experiencias locales de autoorganización con las condiciones concretas latinoamericanas y del plano internacional, una lectura cuya actualidad puede ser percibida por los innumerables movimientos indígenas que se extienden hoy en día por América Latina.

El diálogo entre la experiencia soviética y los ciclos revolucionarios en América Latina prosigue con Jhosman Barbosa que en su artículo analiza la centralidad del problema de la transición al socialismo en Cuba y los debates que ésta despertó como parte del desafío histórico de construir una sociedad de nuevo tipo. Sostiene el economista que esta dinámica fue estimulada por la existencia de pensadores cubanos preocupados por la soberanía, el anti-anejamiento y la independencia nacional a nivel local. De este modo, los intelectuales de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, como Martí, Baliño, Comañonga Mena, Guiteras Holmes y Rodríguez recibieron de manera original las ideas del socialismo internacional y gestaron una reflexión desde la singularidad del proceso histórico cubano. Con la experiencia de la revolución de 1959, Ernesto Guevara y Fidel y Raúl Castro discutieron las opciones existentes: entre el “realismo socialista” de la URSS, la lectura que la CEPAL ofrecía para el desarrollo de América Latina y el aporte a la construcción del socialismo de personalidades tales como la del economista Charles Bettelheim y los agrónomos Jacques Chonchol y René Dumont.

De modo tal que si el Consejo de Asistencia Económica Mutua fue el órgano articulador del socialismo internacional que, exportando la experiencia soviética, impulsó la planificación y el cálculo económico en los países miembros, el Sistema Presupuestario de Financiamiento resultó ser la manera específica en la cual la misma tuvo lugar en la isla. La transición al socialismo en Cuba, que se debatió entre aplicar modelos exportados o desarrollar una impronta propia, es comprendida por Jhosman como un período de tensión constante entre las teorías y la realidad, entre los deseos y las posibilidades surgidas de las condiciones materiales en esta región del Caribe.

Estudioso de las revoluciones rusa y cubana, Steve Cushion se apoya en una profunda investigación empírica, centrada en el Partido Comunista de Cuba (PCC), para ofrecer una interpretación alternativa, matizada, de un proyecto transformador, que está indiscutiblemente entre aquellos proyectos más significativos del socialismo del siglo XX. El autor dirige a los lectores a detenerse en el papel decisivo de los trabajadores organizados -particularmente afrocubanos- en la revolución de 1959. El hecho de que hayan sido ignorados en la historiografía ortodoxa, sobre todo en aquella producida fuera de Cuba, es algo extensamente explorado en su reciente libro *La historia oculta de la Revolución Cubana* (2016). El foco colocado en el movimiento revolucionario 26 de julio, liderado por Fidel Castro, y la exclusión del movimiento obrero en el relato histórico, argumenta Cushion, distorsiona la responsabilidad clave, aunque tardía, del PCC en romper eventualmente el cerco imperialista de EEUU sobre la isla y su independencia victoriosa.

Jersey Oliveira, integrante del Núcleo de Educación Popular “13 de Mayo” refuta la afirmación de que la Revolución de 1917 no tuvo impacto en Brasil y busca deconstruir el sentido común diseminado por la burguesía ampliamente con la ayuda de la prensa. Para el sociólogo, el discurso ideológico del fracaso revolucionario fue construido con el fin de impedir el esfuerzo crítico de entender las potencialidades y límites de tal evento histórico. Apoyado su estudio en la literatura y en la experiencia de enseñanza adquirida en cursos para estudiantes y trabajadores sobre la temática, el autor argumenta que la idea inculcada entre los trabajadores de que sólo bajo la gerencia estatal pueden ser atendidas sus necesidades, lleva a la inercia y a la falta de actitud de luchar por sus propios intereses, creando sólo una masa de votantes en la sociedad. Las movilizaciones ocurridas en Brasil, particularmente las huelgas de 1917, el llamado “año rojo”, sorprendieron por la amplitud y radicalidad de las reivindicaciones obreras. Defiende, en definitiva el autor, la necesidad de estudiar las lecciones de la estrategia revolucionaria como medio para que los trabajadores logren sus objetivos.

Los ideales propagados por la Revolución rusa trajeron, también en las artes, una renovada fuerza para la militancia de la izquierda latinoamericana. Frida Kahlo simbolizó en su pintura “El marxismo traerá salud a los enfermos” la potencia salvadora de sus convicciones políticas: sosteniendo un libro de Marx, amparada por sus manos se libera de las muletas que la atormentaban.

Entre los años 1920 y 1950, en toda América Latina, artistas e intelectuales defendieron fervorosamente, lanzando revistas y manifiestos, una producción artística políticamente combativa. Mariátegui afirmó en las páginas de la revista *Amauta* que una revolución en el arte no se satisface con realizaciones formales. Es necesario que las nuevas técnicas vayan acompañadas de un nuevo espíritu. Así, el gran cambio emprendido por nativos como Julia Codesido y José Sabogal, activos colaboradores de *Amauta*, no era de carácter formal, y en lo temático, se dedicaron a pensar la cultura nacional.

El uruguayo Joaquín Torres García invierte el mapa de América Latina y declara que el Norte está ahora abajo. Amelia Peláez encuentra en la conjugación de frutos tropicales con arabescos en colores fuertes una expresión de la cultura cubana, mientras que Eduardo Abela se vuelve a la representación de los pacíficos guajiros. En Argentina, Antonio Berni pinta una manifestación en la que la masa vigilante no esconde las expresiones individuales. Operarios y campesinos fueron temas de pinturas emblemáticas, caminando obstinados hacia las soñadas transformaciones sociales como en los murales del mexicano Siqueiros o del boliviano Pantoja, mientras que Portinari retrata en su pintura la trágica saga de los retirantes nordestinos con la obra “Entierro en la red”.

Nuestra expectativa con este dossier es ofrecer a los lectores de *Tensiones Mundiales* una variada colección de obras producidas por artistas e intelectuales, brasileños y extranjeros, comprometidos con las luchas sociales y, así, ampliar la solidaridad internacional.

Los Editores

Tradução: Débora D’Antonio